

TOXICOMANIA Y ALCOHOLISMO

PSIC. CLÍNICA DE ADULTOS Y GERENTES

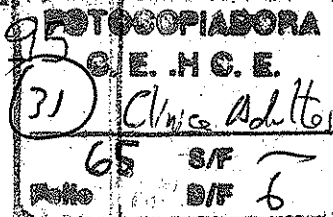
# SUJETO, GOCE Y MODERNIDAD

## Fundamentos de la clínica

II

INSTITUTO DEL CAMPO FREUDIANO

Atuel - TyA



## EL GOCE MÍSTICO Y EL DEL "TOXICOMANO"

Deborah Fleischer\*

¿...? "Por qué alguien elige la droga, en vez de la masturbación... o la homosexualidad? Lo abrupto de la pregunta quiere llamar la atención sobre lo genérico de la explicación que se conforma con decir que en la droga se excluye la diferencia sexual, el goce del otro, etcétera. Hay drogas del rendimiento, hay drogas del placer y drogas del saber. La cocaína, el "extasis" y el L.S.D. designan configuraciones que tienen poco en común..."

Germán García\*\*

"Desde que empecé a beber me convertí en una alcohólica. Siempre he sabido que si me metía con la heroína la escalada sería más rápida... Carecemos de un Dios. Este vacío que se descubre un día en la adolescencia, nada puede hacer que jamás haya tenido lugar. El alcohol ha sido hecho para soportar el vacío del universo, el mecimiento de los planetas, su rotación imperturbable. El alcohol nos consuela, no amuebla los espacios psicológicos del individuo, sólo sustituye la carencia de Dios..."

Margerie Durás. "El alcohol". *La vida material*. Editorial P&J.

Las estadísticas<sup>1</sup> indican el predominio de la toxicomanía en los hombres. La posible relación entre estas estadísticas y la afirmación de Lacan de que la droga permite al sujeto escapar o romper su matrimonio con la "cosita de hacer pipi" me han llevado a un interrogante: ¿Hay en el consumo de drogas un intento de acceder a un goce más allá del falo, un goce llamado femenino por Lacan?

Dado que Lacan define justamente a los místicos como aquéllos que vislumbran la idea de que debe haber un goce más allá del falo, ligando dicho goce al goce femenino, goce no limitado por la función del falo, intentaré relacionar ambas experiencias.

\* (Buenos Aires)

\*\* (N. del E.) Esta cita pertenece al libro *Incidencias del psicoanálisis*, y ha sido extraída de su prólogo. (Deborah Fleischer - Editorial Anáfora, 1994).

Los antropólogos, en los cultos de posesión en los que hay un éxtasis semejante al descrito por los místicos, hablan de una feminización propia de dichos cultos. Goce divino o demoníaco; santos y brujas comparten ese éxtasis.

La posesión implica una desvirilización, una liberación de las amarras de la norma fálica. Pareciera que el que se encuentra poseído, independientemente de su género, estaría situado del lado femenino por el hecho de tener acceso a ese Otro goce, propio de la mujer.<sup>4</sup>

Es así que vislumbran ese éxtasis, el pintor Cristóbal Haitzman, quién las relata en su diario, y algunas experiencias jasídicas donde en su apogeo, en el momento de su elevación a Dios, sienten que lo que se les reintegra es su parte femenina exilada. Éxtasis entonces unido a lo divino o a lo demoníaco pero que comparte la experiencia de feminización.

¿El flash descrito por los místicos<sup>2</sup>, seguido de abandono y aridez, puede relacionarse con el flash toxicómano? La mística -anterior al tiempo de la Ciencia- y la toxicomanía, nombrada así a partir del apogeo de objetos técnicos, derivados de las fórmulas científicas ¿tienen elementos comunes? ¿Son la mística y la toxicomanía modalidades de ligazón de Dios con el goce de la mujer?

Una de las definiciones que da el diccionario Lalande de mística es: "Conjunto de disposiciones afectivas, intelectuales y morales que se vinculan con esta creencia (creencia en la posibilidad de la unión íntima y directa del espíritu humano con el principio fundamental del ser, unión que constituye a la vez un modo de existencia y un modo de conocimiento extraños y superiores a la existencia y al conocimientos normales). El fenómeno esencial del misticismo es el éxtasis, un estado en el cual el alma tiene el sentimiento de que se comunica con un objeto que es el ser perfecto". "Mas esencialmente se denomina mística al conjunto de prácticas conducen-

\* Prosigo aquí una interrogación abierta por Ernesto Sinatra en el Seminario del TyA - 1993.

tes al estado de éxtasis y las doctrinas que expresan los conocimientos que son considerados como su fruto"<sup>3</sup>. La conexión con Dios sin embargo tiene distintas modalidades, no todas están hechas de la misma estofa y podríamos decir que tanto en la posesión demoníaca como en una serie de experiencias místicas se delata la pasión por el significante que se hace cuerpo, tomándolo. En la posesión hay la escenificación de un mito e invocación significativa como también lo hay en los bailes jasídicos<sup>3</sup>. Dejarse poseer, podemos decir, es una forma de goce señalado por la lengua.

La mística con su goce soporta la existencia de Dios, implicando su cuerpo, exponiéndolo en ocasiones. Las experiencias de éxtasis no pueden transmitirse. Hay un no poder decir qué es el éxtasis, distinto a lo que le ocurre a Schreber, en el que hay un goce no ligado al éxtasis sino a la invasión de un goce transexual. En el goce místico el sujeto se desvanece, en el rapto solo sabe que ha gozado.

J. Lacan señala como analistas místicos a aquellos que proponen la ilusión del encuentro del sujeto con el objeto, ubica por lo tanto en dicha serie a Balint, Ferenczi, etc. Es decir, que en un sentido amplio el místico es aquel que tiene la ilusión del encuentro del sujeto con el objeto. (Esta posición de J. Lacan corresponde a "La dirección de la cura").<sup>4\*</sup> Mística es así todo proceso que velando el objeto imposible de reintegrar al campo del Otro (y habrá que hacer la diferencia con la perversión) plantea como posible la tesis unionista de la definición de Lalande<sup>3</sup>.

En el Seminario *Encore*, J. Lacan, hablando de San Juan de la Cruz, dirá: "A pesar, no diré de su fallo, sino de lo que a guisa de fallo les estorba, sienten, vislumbran, la idea de que debe haber un goce que esté más allá. Eso se llama un místico." Dos definiciones distintas. En la primera, la de "la dirección de la cura", el místico espera un encuentro con el objeto (complementario), mientras que

\* "...Pretendemos ahí llamar la atención sobre la sustancia de esta consumación mística" (pág. 588).

en el *Seminario XX* se trata de un goce suplementario ya que, aclara Lacan, el complementario retorna a la ilusión del todo.<sup>5</sup>

Cuando Lacan habla del goce femenino se encarga de señalar lo que éste tiene de suplementario (suplir el no-toda). En relación al goce místico tenemos esas dos definiciones mencionadas, que por cierto corresponden a dos momentos distintos de la enseñanza de Lacan. En la primera está en juego la búsqueda de un encuentro sin mediación (la etimología de la palabra mística procede del verbo cerrar). Hay en las místicas la ilusión de ser "la elegida".

Si queremos establecer algún nexo o diferencia entre el goce de la droga y el de los místicos, deberemos establecer primero la diferencia entre femineidad e histeria, paso necesario para entender, en caso de verificar la hipótesis inicial, por qué algunas mujeres buscarían en la droga el acceso a ese Otro goce, goce no limitado a las zonas erógenas.

La supuesta femineidad original del ser humano (aparentemente pasivo en lo que respecta a la mortificación que sufre por parte del significante), no es tal. Freud establece en la relación entre pasividad y femineidad que el sujeto participa activamente en el hecho traumático; por lo cual llevó la responsabilidad del sujeto, aún hasta el contenido de sus sueños.

Estas aclaraciones, requerirán explicar por qué puede haber en ambos sexos la búsqueda de ese Otro goce, suplementario, lo que obliga a un desvío.

Freud nombrará tres formas posibles de salida de la ligazón con la madre para las mujeres. Estas tres salidas están ordenadas del lado del falo. Tanto el retiro de la sexualidad, como el complejo de masculinidad o el deseo de un hijo, vía la ecuación pene = niño, más allá de su presentación fenoménica y estructura específica, están ordenadas en relación al penis-neid. Cada una de ellas presentará distintas modalidades de goce, por vía de la abstinencia, por el goce de suponer tenerlo, o por el goce de tener ... un hijo. Las tres modalidades están del lado del goce fálico.

Es decir que desde el punto de vista femenino, hay un goce ubicado para Freud, del lado macho de las fórmulas de la sexuación. Lacan se interrogará a partir de allí por un goce propiamente femenino. Un goce no regulado por la Ley del padre, no regulado por el falo. Otro goce, además del fálico.<sup>5</sup>

Podríamos señalar que Freud adelanta algo de esto cuando indica la no salida del complejo de Edipo de la mujer y la insuficiencia del superyo como normativizante, por esa misma razón.

Del lado-hombre de las fórmulas de la sexuación se afirma la función fálica como universal: todos son alcanzados por la castración. Es de este lado que queda el goce fálico.

Esto hace que sea del lado del hombre que queden, como se señaló antes, las salidas posibles para la mujer del complejo de Edipo freudiano. Para argumentarlo es necesario desarrollar mínimamente dichas fórmulas.

Es así que del lado izquierdo Lacan ubica un Universal: Todos los hombres están sometidos a la ley fálica (Es decir a la castración). O, mejor, todos los que se inscriben en la función fálica toman valor de hombre. Dirá luego, tomando para ello como referencia el padre del goce de "Totem y Tabú": Existe uno que toma el valor hombre sin someterse a la función fálica. Se sirve para decirlo de los aportes de la lógica moderna (Pierce), que demuestra que el Universal se funda en lo que se excluye. Del lado derecho las mujeres están no-todas sometidas a la función fálica. No hay universal para las mujeres ni éste podría surgir de la función fálica. Lacan negativiza el universal: no se afirma la función fálica como universal. No hay ese al menos uno que desde afuera sostenga, haga clase exceptuándose. La relación de las mujeres con la función fálica es contingente. Lo que del lado-hombre apunta a la interdicción del goce, del lado-mujer no funciona. En tanto nada pone límite a la función fálica, la relación con el goce es diferente, ubicándose ahí el Otro goce, que habrá, que diferenciar del goce del Otro e incluso del de la otra, goce al que apunta la histérica, Otro

goce que el fálico. Diferenciamos entonces goce fálico, para quienes se sitúan del lado izquierdo de las fórmulas de la sexuación. Otro goce para quienes se ubiquen del otro lado.<sup>6</sup>

El deseo que la histérica sostiene está en relación a acceder a este goce por procuración. En la histeria no hay acceso a este Otro goce propio de la femineidad, la ilusión de la complementariedad la obliga a sostener el deseo como insatisfecho, gozando de esa manera de la renuncia misma. Sólo cuando una mujer histérica va más allá de su neurosis, cuando se desprende del fantasma que orienta "perversamente" su deseo, solo allí podrá encontrarse del lado derecho, en el goce propio de La mujer. Pero esto ocurre solo por un instante, ninguna soporta ser "no-toda". Entonces, acceder a ese Otro goce es "desujetarse" locamente de la función fálica, locura esta, que no es la psicosis. La mujer que alcanza ese Otro goce, no por eso no pasa por la norma fálica, lo que no ocurre en la psicosis, donde hay empuje a la mujer y existe la posibilidad de que haya La mujer. El goce psicótico está más acá que el fálico.

El goce propiamente femenino está del otro lado. Habrá un modo mujer y un modo hombre de abordar al Otro. El modo hombre será degradar al objeto. La posición femenina será ser objeto del fantasma de un hombre. Esa posición femenina hay que diferenciarla del Otro goce, del goce de La mujer (sin que ambos sean necesariamente excluyentes), ubicado del lado derecho de las fórmulas de la sexuación. Esa degradación puede verse en el ejemplo freudiano del sueño de la Bella carnífera en la que el carnívero señala que un trozo de trasero de una bella muchacha es algo más atractivo para hacer un cuadro que su rostro. Hay una degradación cuando toma la parte por el todo, "un trozo". Ese es el modo "hombre" de abordar al Otro, degradándolo. Forma perversa de abordar al Otro, que Lacan señala claramente cuando toma el mito bíblico y recuerda que Eva fue creada a través de una parte del hombre, su costilla. Dirá: "eso tiene como consecuencia, en la dialéctica del acto sexual, que el hombre se encuentre tener que ver como objeto,

con un pedazo de su propio cuerpo, lo que deja entornada la puerta perversa inherente al famoso mandamiento: "serán una sola carne".

Al no haber La mujer, el fantasma permite al hombre regular para el sujeto las relaciones sexuales, relaciones con el objeto de su fantasma a los que alguna mujer, por algún rasgo pudo avenirse.

Entonces, avenirse a ocupar el lugar de objeto, que el fantasma del hombre reserva, y para el cual es un medio, (posición femenina) es distinto que acceder al Otro goce, que es a su vez distinto de la posición histérica, la cual, desde el lado macho interroga ¿qué quiere una mujer?, intentando por procuración acceder al goce de la Otra, a la que supone toda.

"La femineidad implica la relación al Otro (el hombre), para realizarse como síntoma. Su ser de goce pasa por la mediación de ese Otro, hombre o dios, que le interesa, sobre todo, en su deseo, por vía del cual ella viene a encarnar el goce, la histérica pasa por la misma mediación del Otro, pero con fines diferentes y no para realizarse como síntoma. No la inspira el deseo de saber, pero ella quisiera inspirarlo en otro."<sup>6</sup>

Nos preguntábamos por la posibilidad de que en las místicas y en los llamados "toxicómanos" hubiera una de búsqueda del goce femenino, pero ahora establecidas algunas diferencias, esta idea no se sostiene. Si bien hay en común ese goce que resiste al significativo en la toxicomanía y en el Otro goce, sabemos ya que en el goce femenino, esto no es sin haber pasado por el goce fálico. En los "toxicómanos" debemos hacer una distinción, dado que algunos tienen una estructura neurótica, de los que no podemos decir que no están regulados por la norma fálica. Es, quizás, a partir de ellos que debemos preguntarnos, pasando por una vía que no sea la analógica -por la cual caeríamos en semejanzas imaginarias- si se trata de distintas posiciones subjetivas en relación al goce.

En tanto no sintomatizado, el goce en la "toxicomanía", no aparece como en el síntoma, como un núcleo de goce no regulado

por la castración, pero correlato de ella, sino si recordamos lo señalado por J.A. Miller, como una huida antes de plantearse la cuestión sexual. Goce que en relación a la droga, está "substantivizado".<sup>7</sup>

El goce de *La* mujer quiebra el lazo social, introduce en el centro de la homogeneidad de la masa, en el medio del para-todo del universal, lo radicalmente Otro, la diferencia.

*vee*  
*vee* Diferente, creo, de lo que ocurre en el "toxicómano", quien haciendo masa con ese nombre se postula fuera de todo lazo social.

En los místicos se anudan amor y goce, lo que no ocurre en la "toxicomanía", pero sí en el goce femenino. El goce femenino y el goce místico no son posibles sin el decir del amor.

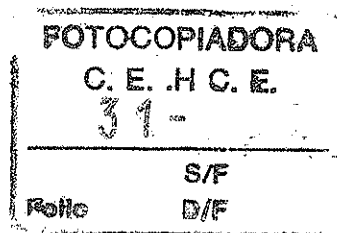
La escritura permite a los místicos, por ejemplo a Santa Teresa, una regulación del goce al formalizar un saber<sup>8</sup>.

Hay un punto de vuelco cuando se piensa un goce no ordenado al saber, intransmisible y postulado fuera de todo lazo social como ocurre en el flash toxicómano -y el momento en que algo de ese goce se regulariza, en la retórica de los místicos (por medio del testimonio escrito), o en la histeria (con sus síntomas), e incluso en el mismo "toxicómano", cuando la "solución" contra el malestar fracasa<sup>9</sup>.

Entonces, volvamos a un punto señalado en el principio: hay distintas maneras de conexión a Dios -y por qué no-, al goce de *La* mujer.

No es la misma forma la de los místicos, la de la histeria, la de la psicosis. Eso nos permite establecer diferencias entre todas ellas. En la psicosis hay *La* mujer. En la histeria hay *La Otra*. En los místicos hay *la existencia de Dios*. En la experiencia toxicomaniaca la segregación del Otro (que sabemos que para Lacan es siempre segregación de lo femenino), dado que el Otro es siempre el Otro sexo ¿hace que descartemos en el toxicómano la búsqueda de ese Otro goce, o podríamos pensar que el "toxicómano" trata de encarnarlo?

En el tiempo de la Ciencia el hombre parece no buscar ya acercarse a Dios sino serlo.... Es así que Lacan situará a la ciencia a ni-



vel de la causa formal, al psicoanálisis a nivel de la causa material, y a la religión como causa final. Los "adictos" ubican a la droga en el lugar de la causa eficiente.

La cocaína, la droga más usada en la Argentina, funciona dando una trascendencia a los sentidos, permite dominar el cansancio y el hambre, exalta los valores, "da marcha", incrementa la fuerza de la actividad, conllevando una suposición de saber. (Este saber es obviamente un saber frente al goce). Todo esto es dicho por los "consumidores" que revelan que hay una correlación entre su discurso y ciertos valores exaltados por la cultura.

Ch. Baudelaire escribe, en *Los paraísos artificiales*, sobre el Kieb: da un estado de Beatitud calma e inmóvil. Toda contradicción se transforma en unidad. El hombre pasa a Dios: "Yo me transformé en Dios, soy Dios", identificándose así al lugar del S<sub>1</sub>.<sup>10</sup>

Ser Dios es salir del discurso, una identificación al significante del goce, goce que el "adicto" no está dispuesto fácilmente a trocar por el vacío terrenal.

Escribe Colette Soler<sup>6</sup>: "El goce suplementario de la mujer, esta nueva alianza con Tiresias, engendra ya en el campo del discurso analítico nuevos hechos clínicos" ...Dentro de estos nuevos hechos clínicos ¿está la del goce toxicómano?

El "toxicómano", excluyendo el objeto causa del deseo, en tanto el objeto representa lo que resta del Otro, lo que garantiza su alteridad, segrega, haciendo un impasse con el Otro sexual. Al no preservar ese lugar como lugar de la verdad del deseo, este retorna desde lo real. La alteridad retorna desde lo real, lo que puede explicar que su intento de segregar al Otro con la droga, respuesta química al malestar, encarnándolo, no lo salve de la paradoja (teórica por que para él, en su discurso, no lo es) de extraer su nominación del Otro, del campo social, que lo llama "toxicómano", segregándolo a su vez. En lugar de objeto causa del deseo, hay objeto causa de goce, teniendo el objeto causa de goce en común con la pulsión, anular al Otro<sup>7</sup>.

“La civilización de la Ciencia como la universalización que ella promueve, engendran el uni-sex”<sup>6</sup>, al no soportarse no saber de que goza el Otro, o se lo busca exterminar (racismo) o se busca gozar como él.

Quizás deberíamos establecer algún nexo entre ese goce y el deseo puro del que habla Lacan al final del *Seminario XI*, para intentar cernir la relación  $S_1$  - a en la “toxicomanía”. Lacan señala en ese Seminario el intento de universalización del objeto. (universalización que va a contramano de lo parcial de la pulsión), la voz planetarizada por aparatos apropiados, el carácter invasor de la mirada, “donde no es nuestra visión solicitada sino suscitada la mirada”<sup>11</sup>. Se refiere J. Lacan no sólo a la segregación sino al exterminio y el sacrificio. El sacrificio del que dirá- “qué en el objeto de nuestros deseos, intenta encontrar el testimonio del deseo de ese Otro que ahí llamo Dios oscuro”.

Continuar por esta vía exige un desarrollo que excede los límites de este trabajo pero deja abierta la puerta para uno próximo.

#### Bibliografía

- <sup>1</sup> Estadísticas publicadas por el “Programa Andrés”.
- <sup>2</sup> Rithée Cevasco: “Goces místicos y lazo social” en *Aspectos del Malestar en la Cultura*, pag.102 y siguientes. Editorial Manantial, Buenos Aires, 1989.
- <sup>3</sup> E. Jaimovich, D. Krezes. *Conjetural* Nro.25. (1991)
- <sup>4</sup> J. Lacan: “La dirección de la cura y los principios de su poder”. *Escritos II*, pag. 588. Editorial Siglo veintiuno.
- <sup>5</sup> J. Lacan: “Dios y el goce de La mujer.” (pag.91/2) *Seminario XX, Aún.* (1972/73). Editorial Primera edición castellana, 1981.
- <sup>6</sup> C. Soler: “La histérica en el discurso de la Ciencia”. *Rev. Psicoanálisis*. Grupo de Estudios Psicoanalíticos. Nro 1. Israel, 1993.
- <sup>7</sup> J.-A. Miller: “Para una investigación del goce autoerótico”, pag.13 y sig. *Sujeto, goce y modernidad*. Editorial Atuel-TyA. Buenos Aires, 1993.

<sup>8</sup> J. Lacan: “La carta de amor”. *Seminario XX, Aún.* (1972-73). Editorial Paidós, Buenos Aires, 1981.

<sup>9</sup> S. Freud: “El Malestar en la cultura”. *Obras Completas*. Editorial Biblioteca Nueva, pag.3046

<sup>10</sup> Christian Demoulin. “Agalma y pharmakon”. Ficha.

<sup>11</sup> J. Lacan : *Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis.*(1964) Barral editores. Espana, 1977.

## LA HEROINA

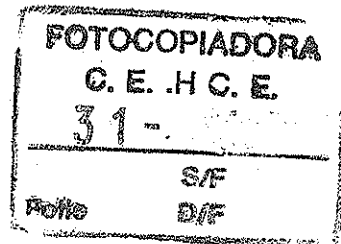
Mauricio Tarrab \*

Voy a presentar a una sujeto del modo en que ella misma se presenta: "soy una ex-heroinómana". Presentación singular ya que desde un principio se incluye en una clase, en una categoría, a la que utiliza de referente para representarse. Para representarse y para hacer de esta presentación la manera de informarnos sobre una supuesta particularidad de su padecimiento. Nos iremos enterando de que no sólo es "ex-heroinómana", también es una activa y exitosa funcionaria política. Veremos como la activista política y la heroinómana, desplegarán un contrapunto de gran importancia.

Ha sido consumidora de heroína desde los 24 años (tiene 31). Una dosis diaria durante los últimos 5 años de su residencia en Europa donde vivió por más de una década, luego de un exilio forzado. Los últimos cinco años de exilio fueron un infierno, en especial el último: por la heroína, por cuatro abortos, por la violencia de su pareja. En un acto, cuyo estatuto discutiremos más adelante, decide cortar con todo: familia, heroína, pareja, trabajo, para volver a Buenos Aires, allí donde la heroína falta, y las circunstancias políticas han cambiado, para no morir.

Ha realizado durante esa época, dos intentos de análisis y una cura de sustitución con Metadona. Esta última la llevó a la paradójica situación de que no le faltaba nada: tenía la heroína y la Metadona. De esos años no puede contar casi nada. Desarrolla un intenso trabajo político en el exilio que hacía contrapunto con la heroína, pero no tiene, según ella misma lo dice, "registro de esa época".

\* (Buenos Aires)



Son años entre paréntesis. No recuerda ni lo bueno. Un tiempo; dice "sin sensaciones humanas"; solo la confusión, el desborde, la angustia. Sin embargo, siempre tuvo, dice, a pesar de todo un "instinto de supervivencia" que le impidió llegar a extremos fatales.

En Buenos Aires, se hace vorza consumidora de cocaína. Al comienzo parece una sustitución adecuada. Después comienzan los problemas. Más angustia, más desesperación, y por sobre todo *una sensación*: siente que algo en ella se diluye y no lo puede evitar. Además, por primera vez, este mundo de la droga amenaza su trabajo. Amenaza ese otro mundo de la activista, y ya funcionaria, que hasta ahora había quedado siempre preservado. Un mundo que requiere de ella una responsabilidad que no elude, a la que siempre está dispuesta y que le ha permitido ubicarse en un destacado lugar de reconocimiento público.

Son esta amenaza y esa sensación las que la llevan a la consulta. Amenaza y sensación que no duda en atribuir a la droga. Situación paradójica, alguna vez la droga tenía el efecto de alejar toda amenaza, de anular toda otra sensación.

Esta paciente se presenta ligada a la droga, haciendo a la droga causa de su padecimiento, aunque también de sus mayores goces. Reinviende ese mundo de la heroína, de estar muy jugada, de estar enganchada, de estar muy al borde. No se presenta como víctima de la droga, sino reconociendo en sí misma una atracción en eso de "estar muy al borde, a punto de caer". Pero tiene un miedo: descubrir que encontraría placer en caer.

Se presenta ligando a la droga esta búsqueda de un plus, pero también hablando de la droga, y esto permite, una chance. Por otra parte es el único modo que tenemos de acceder a ese mundo, sólo en tanto que la droga aparezca en un registro significativo, es decir ligada al sujeto de la palabra.

No se presenta con un padecimiento cuyo origen le resulta opaco y enigmático como en el síntoma, más bien sus problemas devienen para ella de una causa muy definida: una sustancia. Sustan-

cia que tenerla o no tenerla, tomarla o no tomarla, deciden su ubicación en relación a ese borde que la atrae, a ese plus que busca. Hay aquí una petrificación entre la droga y la causa que debe ser puesta en cuestión.

No puede alejarse de esa compulsión de tomar droga. Está pegada a esa sensación, que es más fuerte que ella. ¿Cuál es esa sensación?. Se le pregunta. Es algo que la antecede, algo hacia el mal, una maldición, algo profético que la acompaña desde siempre. Bien, ya no se tratan entonces sólo de la droga, sino también de algo que la determina, que la acompaña y de lo que no puede zafar. Más bien la droga tomada como respuesta conjura esa sensación, ese algo que la antecede. Habrá que precisar su estatuto, pero por el simple recurso de una pregunta se aprecia el desplazamiento de la causa, que de la sustancialidad de la droga, aparece ahora velada y profética empujando hacia lo peor.

También es empujada por ataques de hambre. También por algo, más allá del ataque. No se trata sólo de la cantidad que come, empieza a preocuparla el hecho de que puede llegar a comer cualquier cosa, aún basura.

Es empujada también a compartir la locura y la violencia de un amante que la deslumbra y la convoca a dejar todo lo que no sea pasión y drogas, para estar del otro lado del límite. Un amante cuya audacia y desprecio por su propio cuerpo la invita al desaffo. Veremos aparecer también otros hombres en su vida, en una serie de la cual este amante es parte, que producen sobre ella el mismo efecto. Un novio homosexual; otro novio bisexual, con quien convivió durante varios meses; un amigo homosexual y heroinómano; por fin un travesti, a quien admira como creador, a quien describe como alguien que vive creando, alguien extraño entre monstruoso y sublimado. De estos personajes le atrae, según dice "la transparencia que tienen, la audacia para mostrar lo que son". Le fascina "el atrevimiento de esa gente, esa pasión, ese desgarramiento, esa cosa de muerte, al filo de la navaja".



En esta serie empieza a perfilarse un Otro ligado al goce, que convoca su pasión, un Otro que produce en ella el deseo de alcanzar ese lugar, ese "filo de la navaja" donde sin embargo no encontrará lo sublime, sino el horror, no la creatividad sino la miseria.

Tenemos aquí a un sujeto que ha encontrado un modo de goce muy particular, vemos que hay un punto de petrificación de ese goce difícil de mover, ha encontrado sin duda una respuesta en ese goce y sabe donde ir a buscarlo. Pero se aprecia también de un modo muy definido que no se hace instrumento del goce del Otro, sino que más bien parece ser convocada a admirar la verdad del goce que el Otro muestra. Parece creer en el discurso sobre el goce que el perverso proclama, y avanza hasta quedar en posición de desecho. No hace gozar al Otro, más bien soporta su goce.

Sabemos que posicionarse en el lugar del objeto no es privativo de ninguna estructura, y podríamos pensar también en la identificación histérica, allí donde priva la equivalencia imaginada del ser del sujeto con el objeto del fantasma del Otro; posición que ofrece al Otro una consistencia que no tiene y cuya falta resulta intolerable para el sujeto.

Trataremos de orientarnos observando como se perfila la dialéctica entre su posición frente al goce y su posición frente al Otro.

Anunciábamos al comienzo un contrapunto entre la política audaz y decidida y la Heroína. De hecho, política tiene su historia, y esa historia presenta en primer lugar al padre: a los ideales paternos, pero también a sus ojos. Este hombre de gran poder económico, es un padre muy amado y muy distante, que sin embargo la tenía siempre al alcance de una mirada. Un padre que mira, como ella lo dice: "todo el esplendor, sólo el esplendor y nada más que el esplendor". Uno no puede entonces más que preguntar por la verdad. Por la verdad del goce. Ella define de este modo a su padre: "Mi papá es ojos que no ven, corazón que no siente", y continúa: "en cinco años de heroína no se dio por enterado. Ni aún en los

peores momentos, ni aun conviviendo con él. Y eso que casi me caí muerta delante de sus ojos".

Aquí se delinea una particularidad del Otro: su indiferencia. Un Otro con ojos que no ven sino el esplendor, un Otro que si viera entonces sentiría. Pero también un Otro que no ve ni siente. Punto de indiferencia del Otro, pero también de su castración.

Presentificación del deseo del Otro en esos ojos ciegos a la verdad. Hacerse mirar en el esplendor de la audaz y exitosa funcionaria política, empieza a devenir en algo más que un reaseguro narcisístico. Diríamos que ella no puede concebirse fuera de esa militancia. De hecho durante largos años, no hay por fuera de esto nada más que... el abismo. "Cuando no trabajo, me vuelvo loca", dice. Detrás del personaje yoico, lo que da consistencia a la escena, es el objeto. Si en la escena pública es el esplendor, fuera de escena es el desecho que encarna para los ojos ciegos del Otro.

Es en el Seminario "De un Otro al otro" en que J. Lacan señala que "el discurso del sujeto toma consistencia del campo del Otro. ¿Pero quien garantiza la verdad? Si en ninguna parte del Otro puede ser asegurada la consistencia de lo que se llama la verdad, ¿dónde pues está ella, sino en lo que responde de esta función del objeto a que es el plus de gozar? La miseria, la angustia, la soledad, son la contrapartida de ese (a) que hace a la coherencia del sujeto".

Esta paciente dice en relación a su figuración política que es como "actuar" y dice en relación a la actuación y la verdad: "Ahora sé que actuar es mentir. Pero siempre pensé que el actor, el mejor actor no era el que mentía mejor, sino el que se volvía loco como su personaje, *el que incorporaba toda la ficción a una cosa física*".

#### De una heroína a otra

El inicio con la heroína es peculiar. Coincide con su primera actuación en una función política oficial. Le ofrecen heroína (nunca

antes había probado) vacila, no sabe qué hacer... va con su vacilación a formular esta pregunta a un personaje que representa aun hoy para ella un lugar de saber, admiración y poder, éste desentendiéndose bruscamente de la cuestión, le contesta que eso a él le tiene sin cuidado.

Desconcertada, hace una toma que será la primera de las tomas diarias de los siguientes cinco años.

De una a otra heroína. Se ha cerrado una hiancia. En esta metonimia residen la significación del sujeto y una transferencia de goce. De una posición del sujeto articulado al campo del Otro, a un goce fuera del Otro. Goce que hasta último momento trata de poner en manos de Otro, encontrándose con su indiferencia que la deja sin chance. Como ella misma lo dice: "pasé a la heroína". Un pase de Goce.

Cuando Lacan redefine la metonimia la define como una operación de crédito, un traspaso de fondos, un metabolismo de goce que requiere del Otro, donde el sujeto se produce como corte. Un pase, aquí, a un goce sin el Otro.

*Un Goce tóxico*, que se presenta no por el camino del intercambio sino del autoerotismo. Un goce que se define por alcanzarse sin pasar por el Otro, un goce que permite prescindir del Otro.

Esto hace decir a J. A. Miller<sup>1</sup> que su especificidad es la de un goce cínico, que rechaza al Otro, y que justifica a J. Lacan cuando señala que la única definición posible de la droga, es ser aquello que permite romper el matrimonio con el falo.

Luego de un año de entrevistas, la heroína aparece por primera vez, no como ese goce incontable, del que nada se puede decir, sino enmarcada en una formación del inconsciente.

Cuenta un sueño: "soñé con la heroína", dice. Le pregunto con

<sup>1</sup> J. A. Miller, "Para una investigación sobre el goce autoerótico", en *Sujeto, goce y modernidad*, Atuel-Tya, 1993.

cuál, corto la sesión, y le indico que empezará a hacer diván a partir de la sesión siguiente. Será la oportunidad de apostar a que esta metonimia, ahora en sentido inverso, comience a pasar del goce al inconsciente, a hacerlo contable en el marco del dispositivo analítico. Por supuesto no se puede sino esperar. No se trata aquí, de hacerse ese Otro que podría garantizar la verdad, sino de situar la posición del analista frente a lo real del goce. Si hacer pasar el goce a la contabilidad es para J. Lacan una definición posible de la metonimia; este que describimos podría ser un movimiento inverso del de la iniciación con la droga, que fue del inconsciente al goce, ante la indiferencia del Otro.

Sinteticemos: Tenemos un primer momento de la dialéctica con la heroína que muestra su lugar en relación al Otro, que es el momento por donde se inicia. Un segundo momento, donde la heroína es un objeto de goce, que entra en el cuerpo, cumpliendo, podríamos decir a la letra aquello de "*incorporar toda la ficción a una cosa física*". Y un tercer momento que es el que describíamos recién ya en el análisis.

Quería señalar aún una particularidad de esta sujeto en su relación con "el borde". Va lejos sin duda, en el goce, pero no cae del todo. Está eso que ella llama su "instinto de supervivencia" y que a esta altura de la descripción del material llamaré su estructura neurótica.

Es llamativo el modo en que siempre mantiene su articulación al Otro. Vemos que aún este goce que le proporciona la heroína, este goce autístico, tóxico o cínico, también tiene su falla. Y es por allí que vuelve a articularse al campo del deseo. J. A. Miller señala respecto de la histeria, que su privilegio es que implica en su goce mismo el deseo del Otro, que su goce engancha al deseo del Otro. Esta sería la traducción estructural de ese "instinto de supervivencia" que le permite, aún llegando tan lejos, no caer del todo en el goce mortífero. De cualquier manera, suponerla histérica no simplifica las cosas, ya que se ve en ella un definido deseo de despertar a lo real.